

1. Una casa abandonada

Alba llegó a aquel lugar un anochecer de finales de abril.

Caminaba con lento balanceo y tenía muy desgastadas las suelas de sus sandalias. Eso indicaba que acumulaba muchas horas de larga marcha, como si hubiera avanzado paso a paso de un extremo al otro del mundo.

No llevaba más equipaje que un sombrero azul, que lo mismo la protegía del calor que de la lluvia, y una mochila blanca, de lino, que colgaba de su cuello. Alba la rodeaba con sus brazos como a un tímido bebé gorila.

Nadie la acompañaba.

Sin embargo, no aparentaba ser una niña perdida o asustada.

Una lechuza, todavía adormilada, la saludó desde la rama del chopo en la que se columpiaba. Alba reconoció enseguida su ladrido de cachorro de perro, pues sabía de los distintos sonidos que es capaz de emitir. La miró y sonrió. Siempre le había parecido que las lechuzas son hermosas porque llevan el corazón reflejado en el rostro.

Un rayo de luna aprovechó el hueco que dejaba la rama del árbol para colarse atrevido entre las hojas y posarse en las paredes de una casona tapizada de hiedras.

Alba se detuvo e inspiró profundamente.

—¡Me gusta! —exclamó.

Enseguida supo que debería quedarse en aquella tierra, igual que una simiente transportada por el viento busca un lugar en el que protegerse y crecer.

Hacia mucho tiempo que la casa del río, deshabitada y vieja, permanecía vacía de gente y llena de grietas en las paredes, de enormes agujer-

ros en el techo y de huecos que ocupaban el sitio de las ventanas.

A juzgar por su apariencia, la vieja casa no tenía dueño, por lo que Alba entró en ella y decidió que allí, junto con su mochila, establecería su residencia.

Muy despacio fue recorriendo las deterioradas estancias con la sensación de que se metía en una antigua fortaleza. Las generosas aberturas del techo todavía agrandaban más la altura de sus paredes.

Miró al cielo y, en un descuido, tropezó con algo. Volvió la vista al suelo y supo que se trataba de una bandeja redonda. Le pareció bonita. La recogió, la colocó sobre su mochila a modo de escudo protector y continuó avanzando.

En medio del silencio, oyó un leve chapoteo; procedía de un cuarto pequeño en el que descubrió un decrepito lavabo. Se acercó con curiosidad y comprobó que contenía agua. Estaba bastante turbia. Debajo del agujero del desagüe había un barreño que también tenía agua muy sucia.

Se quedó un rato observando la pileta.

Decidió que empezaría por limpiarla. Dejó la bandeja en el suelo, metió la mano en el agua para retirar el tapón y...

—¡¡Aaah!!